

# ‘Las ninfas’: soledad, biblioteca y rabia

ÓXIDOS Y  
VALLISOLETANÍAS  
JOSÉ F. PELÁEZ



**H**ace cincuenta años, el hombre que nunca quiso ser de ninguna parte ganaba el Premio Nadal escribiendo contra su infancia. Se llamaba Francisco Umbral y había pasado por Valladolid como se pasa por una estación fría: con prisa, resentimiento y un deseo de huir que trascendía lo simbólico para llegar a lo físico. Por eso ‘Las ninfas’, obra con la que lo ganó, no era solo una novela escrita contra la provincia, sino –y esto es lo decisivo– desde la provincia. Puede que por eso mismo resultara tan verdadera. A Umbral le gustaba decir que había nacido en Madrid por casualidad y en Valladolid por condena; que lo suyo no era Castilla, sino la literatura. Pero todos sabemos que la materia prima no se elige como no se elige un gen recesivo. Sin aquella Valladolid de monjas, cafés tristes y muchachos con hambre de mundo, el hombre nunca habría llegado a ser escritor. Y sin El Norte Paco nunca habría sido Umbral.

Los que hemos crecido aquí lo entendemos bien. Valladolid es una ciudad que educa a la vez en el pudor y en la exigencia; en la ironía y en la verdad; en el desdén y en el respeto. Es una ciudad que te invita a mirar hacia dentro, pero que, si no lo logras, te obliga a marcharte fuera para hacer el viaje soportable. Umbral hizo las dos cosas: se miró por dentro para hacerse escritor y se marchó para convertirse en mito. Por eso ‘Las ninfas’ fue a la vez una venganza literaria y un ajuste de cuentas sentimental. El muchacho que recorre sus páginas,

Francesillo, aprende a la vez a escribir; a desear y a huir –o sea, le salen a la vez todas las alas: las del cuerpo, las del alma y las de la espalda–. Pero, sobre todo, aprende que la literatura te puede salvar de la provincia si transformas la asfixia en estilo.

Aunque ‘Las ninfas’ no es solo una novela de aprendizaje: es la gran pieza memorialística de su Valladolid adolescente. Ahí está la provincia desnuda, sin postal ni coartada, convertida en una educación sentimental construida a base de frío, niebla y espera. Por eso Umbral no escribe la novela desde el verano, sino contra el invierno. Y ese invierno no es una estación sino una época, un país, la forma de vivir los años cincuenta en una ciudad encerrada en sí misma, donde el tiempo parece avanzar con dificultad y el carácter se forja sobre la contención. Por eso, cuando aparece el verano, lo hace de puntillas. No se fija, no se concreta, no se instala. Diríamos que es una promesa, no una residencia. En Umbral, lo estival no es una realidad climática, sino una ilusión narrativa, una tregua breve frente al dominio absoluto del frío. El suyo es un verano pensado más que vivido, intuitido más que recordado, como si el escritor supiera que detenerse demasiado en él sería una traición a la verdad profunda de su biografía: la del muchacho que crece en un paisaje gélido, tanto moral como físicamente, y que aprende a escribir para no congelarse.

Por eso Umbral iba siempre abrigado, incluso en agosto. El frío lo acompañaba como una segunda piel. Esto no es solo una anécdota de bufandas y lanas, sino una forma de estar en el mundo: mientras por fuera de los ventanales pasan la cerveza, la horchata y el verano madrileño, él pide que le recalienten la leche una y otra vez, como si el estío le estuviera prohibido por exigencias



Caricatura de Paco Umbral en una exposición en el Teatro Zorrilla. IVÁN TOMÉ

biográficas. El invierno de Umbral manda siempre y toda su obra puede leerse como la tentativa constante de huida del frío primario. Pero también como su aceptación definitiva, literaria y estoica.

De hecho, en su escritura, el verano funciona como una poética del deseo: algo delicado, casi infantil, que viene a rescatarlo del

**Sin aquella Valladolid de monjas, cafés tristes y muchachos con hambre de mundo, nunca habría llegado a ser escritor**

helor; aunque nunca termine de quedarse, Umbral sabe que el verano pertenece a la tradición literaria, a cierta pátina proustiana inevitable, pero también intuye que su verdad está en otro sitio. Por eso elige narrar su vida desde un invierno difuso y persistente que tiene en Castilla su núcleo más hondo. En ese sentido, ‘Las ninfas’ supone la cima de su literatura provincial. La Valladolid de entonces –«plateresca y tediosa, conventual y gris»– aparece con una exactitud casi meteorológica: días de sol cegador sobre fachadas severas, días de niebla espesa junto a Pisuerga y un frío simbólico que ordena el tiempo y el carácter. Por esas calles estrechas y

oscuras pasea un adolescente con un dandismo precoz, consciente de que no pertenece al lugar que habita. Frente a la verdad inaplazable del invierno pucelano, Umbral introduce en ‘Las ninfas’ la noche de verano: huertos, acequias, jardines clausurados. Ahí surge el erotismo, no como plenitud, sino como ruptura. El agua, el monte, la higuera: espacios de excepción frente a lo impuesto. El despertar sexual, el descubrimiento de la literatura y la intuición de la huida.

Cincuenta años después, leída desde esta ciudad que sigue siendo más severa que brillante, ‘Las ninfas’ continúa siendo una novela profundamente vallisoletana. No solo por los escenarios sino por el tono, la melancolía orgullosa y la ironía defensiva. Umbral nunca presumió de Valladolid. No fue hombre de banderas ni de homenajes. Prefirió el dandismo madrileño, el columnismo feroz, el personaje devorando a la persona como Saturno a sus hijos. Y, sin embargo, cada vez que escribió sobre su infancia –cada vez que regresó a su memoria– volvió a esta ciudad. Que, con el tiempo, se convirtió en ficción.

A veces pienso que Valladolid fabrica dos tipos de escritores: los que se quedan y los que huyen. Umbral fue de los que huyeron. Delibes, de los que se quedaron. Solo el Ave ha conseguido unir ambos arquetipos para que hoy huyamos con algo clavado en la espalda y nos quedemos como forma superior de huida. Yo, que escribo desde aquí y para aquí, no puedo leer hoy ‘Las ninfas’ sin sentir gratitud. Porque Umbral nos enseñó que se podía salir de esta ciudad sin despreciarla, que se podía convertir la grisura en música y que se podía hacer literatura mayor desde una adolescencia menor. Ganar el Nadal hace cincuenta años no fue solo un triunfo literario. Fue la consagración de un muchacho de provincias que se hizo escritor a fuerza de soledad, de biblioteca y de rabia. Ese muchacho somos todos los que miramos su triunfo a la vez como alerta y como refugio. Soledad, biblioteca y rabia: sabed que no hay otro camino. Y nunca lo ha habido.